

# La otra guerra en familia



Mary Luz Borrego

—Mamá, cuando empiece la serie me avisas, que no se te olvide, recalaba con insistencia mi hijo adolescente desde el cuarto, donde le sacaba chispas en el móvil a la plataforma de mensajería instantánea toDus, en un diálogo que jamás cesa con sus amigos.

Sorprendentemente, durante los últimos meses en casa, a las ocho de la noche de cada sábado todos comenzábamos a apurar los detalles de la rutina y el ajeteo propio para plantarnos frente a la pantalla del televisor: mis padres, campesinos octogenarios medio iletrados; mi esposo, seguidor del paquete semanal; y yo, casi sin tiempo jamás para ver ni la novela.

¿El milagro?, la cubanísima serie *Lucha Contra Bandidos 2. La otra guerra*, cuya segunda temporada terminó recientemente dejando tras de sí una estela evidente de admiradores de casi todas las edades, ilustrados o semianalfabetos, de pensamiento banal o profundo, atados los unos a su mensaje aleccionador y los otros, a esas escenas repletas de acción que tanto cautivan.

Figúrense que hasta un amigo joven chofer, quien escucha reguetón desenfrenadamente y sueña con irse para cualquier lugar a ganarse “unos fulitas”, selló mi última duda cuando comentó sin más ni más: “¿La serie de los bandidos?, me encanta”.

Por fin la Historia de Cuba comienza a encontrar quien la cuente en su grandeza épica y humana. Menudo desafío. Con antecedentes tan respetables como *El hombre de Maisinicú*, *José Martí: el ojo del canario* o *Duaba, la odisea del honor*, este audiovisual vuelve a evidenciar las múltiples posibilidades para dramatizar, narrar o recontar el grandioso pasado de la patria y sus héroes conocidos y desconocidos, con fórmulas desalmidonadas que enganchan incluso a las controvertidas y no pocas veces indiferentes nuevas generaciones, aferradas a las nuevas tecnologías y a novedosas formas de decir y hacer.

Aunque sus realizadores han dejado bien claro que esta resulta una obra de ficción basada en hechos reales, las opiniones de miles de combatientes de aquella gesta que aún viven —muchas veces en el más absoluto anonimato— penden como una espada de Damocles, siempre prestos a valorarla desde sus muy particulares experiencias.

Pero, más allá de la exactitud histórica, la serie vale oro por ese interés que despierta en una página muchas veces desconocida en los anales patrios. En esta segunda temporada los hechos se desarrollaron en Matanzas, un lugar donde de 1959 hasta 1965 existieron 46 bandas “que cometieron 900 hechos vandálicos, con 114 asesinatos, de ellos, 80 a menores de 30 años de edad”, según aseguró a la prensa nacional Luis Rodríguez Hernández, asesor de esta obra.

Sin embargo, paradójicamente, la mayoría de las actuales generaciones de cubanos ni siquiera asocian esa provincia con el bandidismo, un término solo acuñado para el lomerío del Escambray.

Por momentos, parecían exagerados por la ficción tantos combates y tiroteos; la violencia recurrente en cada capítulo que no dejaba fuera ni siquiera a mujeres, niños o ancianos; la angustia insoluble de esos campesinos sobrevivientes entre dos fuegos

cruzados; tanta confusión y tanta barbarie generalizada entre cubanos que hasta ese momento habían vivido como vecinos.

El historiador Eduardo Vázquez Pérez, guionista de la serie, ofreció recientemente algunas claves básicas en *Cubadebate*: “Nos interesaba compartir la imagen de lo que fue esa lucha, con los códigos y la emoción que facilita el arte, no la exactitud histórica (...). Con numerosas piezas de la realidad, fragmentos a veces minúsculos, construimos una historia que responde a códigos de la ficción. O sea, todo lo que se muestra sucedió en la realidad. Sin embargo, visto en el conjunto es ficción (...). Los crímenes que se presentan ejecutados por las bandas son verídicos, aunque sustituidos los nombres originales y, en algunos casos, con alteración en la cronología”.

Y cita con pelos y señales la mayoría de los espeluznantes crímenes reales cometidos por las bandas contrarrevolucionarias allí durante ese período, los nombres originales de los bandidos, las fechas, todo ese sustento horrendo, verídico y casi desconocido que ahora nos estremeció ante la pantalla del televisor.

En particular, la muerte de los pequeños Yolanda y Fermín, presentada de manera muy apegada a los hechos: “Los alzados fueron guiados por José Rodríguez Díaz, conocido como Cheo el miliciano, primo del padre de los niños. En la obra lo encarna Alain Aranda. El hecho ocurrió el 24 de enero de 1963, en la finca La Juanita, barrio Galeón, del municipio de Bolondrón”.

Los críticos de arte bien pudieran ponderar la fotografía, la producción, la música o la lograda recreación de época en medio de tantas carencias materiales, pero junto a esos importantes ingredientes sobresalen en particular las actuaciones de actores más y menos consagrados, entre ellos Carlos González (Guayacol), Jorge Treto (Felo Sánchez), Jorge Enrique Caballero (Nene), Johann Ramos (Cloro), Luis Carrere (El Elegante), Rolando Rodríguez (el gordo Yeyo), Enrique Bueno (El Poeta) y Leandro Cáceres (Tabaquito).

Con un asterisco de admiración aparecen Osvaldo Doimeadiós (Mongo) y Fernando Hechevarría (El Gallo), el protagonista más popular de la serie, sobre el cual también aclaró Eduardo Vázquez: “El Gallo es un personaje de ficción creado para la serie, no es El Caballo de Mayagüera. Comenzando porque El Caballo nunca operó en Matanzas. De Gustavo Castellón tomamos el carácter, su manera de actuar,

acciones acometidas por él y hasta el gesto de virarse la visera de la gorra. Aunque lo más importante fue considerar cuánto podría interesar a la juventud un personaje como este. Más allá de la historia, El Caballo de Mayagüera es una de las leyendas de la Lucha Contra Bandidos”.

Ya se ha comentado la utilidad que esta serie podría aportar en los centros educativos, donde aún se pierde muchísimo tiempo en turnos libres y tantas clases planas de Historia que apenas se reducen a causas, consecuencias e importancia de los hechos, como también demostró en la Televisión cubana el profesor Manuel de la telenovela *Entrega*, donde los jóvenes evidencian interés por estas temáticas cuando se presentan creativa y apasionadamente.

Sin dudas, el equipo de Roly Peña, Miguelito Sosa, Alberto Luberta y el propio Eduardo Vázquez constituye un referente en la realización de materiales audiovisuales de temática histórica, pero no solo en ellos debe recaer tamaño responsabilidad.

El pasado tremendo y seductor de Cuba y en particular sus héroes de leyenda más distantes en el tiempo —Céspedes, Agramonte, Máximo Gómez, Martí, Mella, Camilo, junto a los otros tantos personajes anónimos que conformaron aquellos paisajes heroicos— bien pudieran motivar más de una película, novela, serie o documental de primerísima factura.

Pero también merecieran inspirar renovadoras clases de Historia, materiales periodísticos inspiradores, conversatorios amenos y familias que al menos de vez en cuando rieguen en casa el tronco de la nación, con algunas referencias y anécdotas conocidas.

Dicen que para septiembre regresa la segunda parte de esta temporada con otra decena de capítulos y el equipo de realización sueña con cerrar el ciclo en Pinar del Río. Quizás entonces se enmiende lo que me pareció el único punto débil de este audiovisual: lograr un mayor reflejo del protagonismo de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y el gobierno de Estados Unidos, quienes detrás del telón movieron importantes hilos en aquella trama.

Aun así, más que un mensaje subliminal, la clave de esta serie se escuchó a voces en cada capítulo con toda su innegable moraleja: no olvidar jamás. Menos ahora, cuando nuevos bandidos maquillados en el mismo set del norte continúan esta guerra, que no ha terminado en la ficción, pero mucho menos en la realidad.

## CARTAS DE LOS LECTORES

A cargo de Delia Proenza Barzaga

### Libertadora y Proletario juntos por necesidad

La queja que remite a este espacio Fabio Martínez Salas, vecino de calle 2da. del Oeste No. 2, entre 3ra. y Río en la zona de Colón, Sancti Spíritus, está relacionada con la unidad comercial No. 53, que lleva por nombre La Libertadora, donde por años él y su familia han adquirido los productos normados.

De engorrosa califica el remitente la situación actual en dicho establecimiento, que luego de la reparación capital de que fue objeto para revertir su mal estado constructivo reabrió sus puertas el 23 de diciembre del pasado año. “Hasta ahí todo bien. Pero la sorpresa fue que achicaron nuestra tienda para crear un punto de ventas en divisas, por cierto, muy necesario en el área. Sin embargo, ahí no termina todo”, escribe, para detallar luego la circunstancia que desde su punto de vista afecta más a los consumidores.

Cuenta que hacia La Libertadora fueron trasladados los consumidores de El Proletario, unidad que se encontraba en el edificio cercano al Hospital Pediátrico. “No sabemos los motivos, pero sí sabemos que han convertido nuestra tienda en un infierno tanto para los clientes como para sus trabajadores; está demás decir la gran aglomeración de personas que hay ahora y en ocasiones tienen lugar fuertes discusiones”, reseña.

Fabio no está de acuerdo con lo hecho, ni en lo referente a la *shopping* ni en lo relativo a la fusión de ambas unidades, lo cual, estima, “lejos de resolver un problema ha creado muchos”. Sostiene que otros vecinos piensan igual y solicita se analice la situación.

Pero la suya es apenas una visión del problema, porque hay argumentos que respaldan la decisión que él pone en tela de juicio, según declaró a *Escambray* Ivonne Ibarra Miranda, en estos momentos al frente de la Dirección Municipal de Comercio Sancti Spíritus.

“La unidad El Proletario radicaba a no más de una cuadra de La Libertadora, pero en los bajos de un edificio de cinco pisos. Su situación constructiva era pésima, por filtraciones desde los techos que no ha sido posible resolver, y como consecuencia de ello la mercancía se mojaba y se deterioraba considerablemente”, explicó.

Adujo también que al tener ambas tiendas cifras relativamente bajas de consumidores ahora aglutinan allí a 2 747 personas, número bastante usual para muchas bodegas del territorio. “Ese no es el único caso que se nos ha presentado; existen al menos otras cuatro situaciones similares y lo que hemos hecho es unificar las unidades, porque no es posible repararlas todas, al menos por ahora”, amplió la fuente, quien detalló que en el establecimiento recién reparado laboran tres dependientes.

*Escambray* sugiere ser comprensibles y evitar altercados, ya que el cambio significa suprimir afectaciones a la mitad de los actuales beneficiarios. Cualquier situación concreta debería tramitarse con el representante de Gobierno de la circunscripción.

Dirija su correspondencia a:

Periódico *Escambray*.

Sección “Cartas de los lectores”.

Adolfo del Castillo No. 10

e/. Tello Sánchez y Ave. de los Mártires.

S. Spíritus

Correo electrónico:

correspondencia@escambray.cip.cu

